

dirigen al mar pasan y no retroceden, así son los días de tu vida. ¿Qué te queda ya de tu niñez? ¿Qué de los días de tu juventud? Pasaron ya, y no volverán; y los días que entonces perdiste, para siempre serán perdidos. Podrás, en verdad, ahora darte prisa, adelantar la obra de tu santificación, ganar en poco tiempo por tu fervor lo que hubieras ganado en mucho tiempo sin él; con todo, el tiempo pasado ya no está en tu mano utilizarlo, y en tus ganancias actuales siempre hallarás que faltan las que pudieras haber hecho en el tiempo que perdiste. ¡Oh locura del hombre que así malgasta un bien tan inestimable como es el tiempo! Cada momento de él vale tanto como la eternidad, porque en él se puede perder ó ganar, y el hombre insensato se entretiene en derrocharlo. Pondera cómo si alguna pena pudiesen tener los bienaventurados en el cielo, sería esta: el haber dejado pasar sin provecho el tiempo, el no haberlo utilizado todo para acrecentar su gloria, para embellecer más su corona, el no haber aumentado sus méritos cuando podían hacerlo, y no poder verificarlo cuando quisieran. En el infierno mismo, uno de los pensamientos que más desesperan á los condenados, es el recuerdo de lo que podían hacer y no quisieron. Ellos dicen aquello de la Sabiduría ¹: «¿De qué nos aprovechó la soberbia, y el derroche de las riquezas qué bien nos hizo? Todo se pasó como una sombra, ó como una nave que surca los mares, ó como una saeta que hiende los aires, que no deja en pos de sí rastro alguno; así nosotros nacimos y desaparecimos del mundo sin dar muestra de virtud, y nos perdimos en nuestra malignidad.» ¡Oh dulcísimo Jesús!: Vos, sin yo merecerlo, me habéis dado un año más de vida, aunque sabíais el poco provecho que de él había de sacar; bendita sea vuestra misericordia infinita, y en cada instante querría bendecirla y alabarla con toda mi alma, porque cada momento es un nuevo beneficio que debo á vuestra bondad; por ella os suplico, Señor, gracia para no malograr el tiempo, antes aprovecharlo para gloria vuestra y bien de mi alma. ¿Cómo hemos pasado este año? ¿Qué virtudes hemos ganado en él? ¿Qué vicios hemos enmendado? ¿No nos acusa la conciencia de haber estado ociosos?

Epílogo y coloquios. ¡Oh locura é insensatez humana! Sabemos y confesamos que el tiempo es incierto, que el tiempo es breve, y que su pérdida es irreparable; no ignoramos que este tiempo nos ha de servir para alcanzar una eternidad feliz; y, con todo, dejamos pasar los días en la ociosidad; sólo atendemos al cuidado de nuestro cuerpo, y apenas pensamos en lo que nos amenaza en cada instante. ¡Qué desgracia! Quien examine la vida de muchos cristianos, no podrá menos de pensar, ó que han perdido la fe, ó que han hecho pacto con la muerte, ó que Dios les ha asegurado una prolongada existencia. ¡Tan grande des-

¹ Sap., v, 8.

cuido tienen para lo que atañe á su eterna felicidad! ¿Puede este desorden creerse de nosotros? ¿Seremos nosotros de aquellos que ponen todo su conato en pasar alegre y deliciosamente la vida y en un momento bajan al infierno? Si damos una mirada al año que espira, ¡qué desengaños! ¡qué enseñanzas! ¡qué avisos tan saludables podremos aprender! Muchos hubo que lo principiaron alegremente; vastos proyectos embargaban su mente; insaciabiles deseos ocupaban su corazón; grandes esperanzas alimentaban sus ilusiones. Murieron...; todo se desvaneció...; de su cuerpo sólo quedan unos huesos secos; sus almas, ¿dónde están? ¿Pues qué pensamos nosotros? ¿Cuándo trataremos de emplear bien el tiempo? ¿En qué cosas lo hemos de ocupar para que no tengamos que arrepentirnos? ¿Qué haríamos si en el año que va á empezar hubiésemos de morir? Abramos los ojos, miremos lo que más nos interesa, propongamos, oremos con fervor por nosotros y por todo el mundo.

41.—CIRCUNCISIÓN DEL NIÑO-DIOS.

PRELUDIO 1.º Al octavo día de su nacimiento fué Jesús circuncidado, dándonos ejemplos admirables de virtud, y mostrándonos el deseo de que nosotros nos circuncidemos espiritualmente.

PRELUDIO 2.º Representémonos á la Virgen consolando con tiernas caricias á su Hijo, que llora en la Circuncisión.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de imitar las virtudes de Jesús en su Circuncisión.

Punto 1.º Obediencia de san José y la Virgen á los preceptos de la ley.—Considera cómo, llegado el octavo día después del nacimiento de Jesús, determinaron los dos santos Esposos de circuncidarle, en cumplimiento de la ley, que ponía precepto de ello á los padres ¹. Pondera aquí la admirable obediencia de la Virgen y de san José, tan puntual y pronta; porque con saber que el divino Niño no estaba incluido en la ley general de la circuncisión, y que el cumplimiento de ésta le había de ser sumamente penoso y doloroso; con todo, en conociendo la voluntad de Dios, se someten con la mayor presteza y conformidad; porque ella ha de ser sobre todo; y estimábala tanto la Virgen, que, si fuera menester, ella misma, como otra Sefora ², tomara el cuchillo y circundara á su Hijo. Y aun algunos aseguran que ella le circuncidó; pero otros creen que fué san José; mas lo cierto es que ambos estaban aparejados para hacer todo lo que juzgaran ser más agradable á Dios. Mira luego la caridad y devoción de la Virgen, la cual, sin duda, quiso hallarse presente á este doloroso espectáculo; lo uno, para acariciar á su Hijo y curarle la llaga, como quien tanto le amaba; lo otro, para recoger la preciosísima

¹ Levit., xii, 3.—² Exod., iv, 25.

sangre que allí se derramaba y guardar el pedacito de carne que se cortaba, porque sabía que era sangre de Dios y de inmenso valor. ¡Oh! ¡Con cuánta devoción la besaría, y con qué cuidado la guardaría en su pecho! ¡Qué requiebros tan amorosos diría á esta sangre preciosísima, y cómo pediría al Padre Eterno que por ella perdonase al mundo, suplicándole, si era posible, se contentase con esta sola, pues tanto valía! Y cuando esta Madre cariñosa vió las lágrimas que derramaba su Hijo, quedaría atravesada de compasión y dolor por lo que Él padecía, y lloraría por verle llorar y por la causa que lloraba. ¡Oh Virgen benditísima! ¡Cuán caros cuestan á vuestro Hijo y á Vos nuestros pecados! ¡Cuán amarga os es la culpa de Adán! ¡Oh! ¡Si pudiese yo acompañaros en este llanto, llorando mis culpas para alcanzar remedio de ellas, llorando los dolores de vuestro Hijo, pues fuí causa de ellos, y llorando vuestra aflicción, ya que también yo la he ocasionado!

Punto 2.º *Virtudes de Jesús en la Circuncisión.*—En este punto has de considerar los heroicos actos de virtud que ejerció Jesús en la Circuncisión, porque en Él, no fué sólo ejercicio de padecer como en los demás niños, sino obra de virtud excelentísima. La primera virtud que ejerció fué la obediencia á la ley; porque no le obligaba, y aunque hubiese estado obligado á ella, podía dispensar consigo, ni faltaba causa para ello; pero deseando hacer lo mejor y darnos ejemplo, sometióse voluntariamente á ella, poniendo sobre sí la espantosa carga de toda la ley, porque quien se circuncidaba quedaba obligado¹ á cumplirla toda. La segunda fué humildad profundísima; porque, no pudiendo tenerse por pecador, ni siéndolo, ni pudiendo serlo, quiso ser tenido por tal, sujetándose á la circuncisión, que era señal de niños pecadores, y quien le viera circuncidar dijera de Él que tenía pecado: así confunde tu soberbia. Él, siendo santísimo, consiente en ser tenido por pecador, y tú, lleno de culpas, pretendes ser tenido por santo. La otra virtud fué paciencia invicta; porque los demás niños, por carecer del uso de razón, no temen la circuncisión, ni el cuchillo, ni la herida, y hasta que descarga el golpe no lo sienten; pero este niño benditísimo sabía lo que se trataba, y estuvo tan quedo como si lo ignorara; y si lloró como los otros niños, no fué tanto del dolor de la herida, cuanto de la gravedad del pecado por la cual la sufría. La última virtud fué caridad ardentísima, derramando aquella poca sangre con tanto amor, que, si fuera menester derramarla toda luego, así lo hiciera; y si conviniera recibir luego otras más y mayores heridas, á todo se ofreciera por amor de su Padre y para bien nuestro. ¡Oh caridad inmensa! ¡Oh paciencia invencible! ¡Oh humildad profunda y obediencia perfecta de mi Redentor! ¡Oh virtudes soberanas de las que se teje la ves-

¹ Galat., v, 3.

tidura sacerdotal de Jesús, mucho más preciosa que de grana y púrpura¹! ¡Oh gran Sacerdote! Hoy os vestís de esta vestidura para ofrecer el sacrificio de la mañana, y os la vestiréis después en la cruz para ofrecer el sacrificio de la tarde; vestidme con otra tal para que ofrezca mi cuerpo y alma en hostia viva², santa y agradable á vuestra Soberana Majestad. ¿Está nuestra alma adornada con estas cuatro virtudes? ¿Somos humildes, pacientes sumisos y caritativos como Jesús?

Punto 3.º *Circuncisión espiritual que nos pide Jesús.*—En este punto has de considerar la circuncisión espiritual que te pide Jesucristo con el ejemplo de su circuncisión corporal³. Con el cual te mueve y enseña á que circuncides y cortes todas tus demasías en regalo, honra y comodidades de la carne, mortificando los vicios y aficiones desordenadas, en razón de cumplir la ley de Dios, aunque sea menester para esto derramar sangre; porque de esta manera se alcanza el verdadero espíritu; y en este sentido decía un santo: «Da sangre y recibirás espíritu»; porque la perfección del espíritu no se alcanza sino es á costa de sangre, mortificando y circuncidando todas las aficiones de carne y sangre. Demás de esto, has de llevar con paciencia que otros te circunciden y quiten algo de tu regalo, honra ó comodidad, ya sea con buena intención y con fin recto, ya con mala, por odio y deseos de injuriarte. Para lo cual te ayudará el recordar que en tres ocasiones derramó Jesús sangre por ministerio de diversas personas: en la Circuncisión, por el ministro de Dios que obraba con santo fin; en el huerto, por sí mismo, considerando sus próximos trabajos; y en el pretorio de Pilatos y Calvario, por mano de los verdugos y ministros de Satanás. Del mismo modo tú has de estar aparejado á dar tu sangre, ya sujetándote á lo que ordenaren tus superiores y los ministros del Señor, aunque sea gravoso y doloroso; ya moviéndote á obras de penitencia voluntarias por tu provecho, ayudándote de la consideración de tus pecados, de las penas de Jesús y otras cosas espirituales; ya, por fin, sufriendo con paciencia los dolores y daños que te vinieren por manos de tus enemigos. ¡Oh buen Jesús! Por la sangre que derramasteis en estas tres ocasiones, os suplico alentéis mi corazón, para que se ofrezca, si fuese menester, á derramarla en las mismas; y pues tiene tanto que circuncidar y el amor propio le detiene para no hacerlo, Vos, Señor, por vuestra mano circuncídale, y dad traza como otros le circunciden, para que no haya en él cosa alguna que desagrade á Vuestra Divina Majestad. ¿Circuncidamos nosotros nuestro corazón? ¿Mortificamos nuestros apetitos? ¿Nos disgustamos cuando otro nos mortifica?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán presto quiere comenzar Jesús el oficio de Redentor que le ha encargado su Padre! Como

¹ Exod., xxxix, 2. — ² Ro n., xii, 1. — ³ Rom., ii, 29

sin derramamiento de sangre no se perdona el pecado, á los ocho días de su nacimiento principia ya á derramarla. No ignoraban san José y la Virgen que el divino Niño no debía estar obligado á la ley de la circuncisión, que se había dado para los pecadores, á quienes únicamente obligaba; sin embargo, conocen la voluntad de Dios, y á todo la anteponen; y es tal el deseo de cumplirla, que ellos mismos no vacilarán en ejecutar esta operación tan dolorosa, si falta un ministro de Dios que la lleve á cabo. ¡Oh admirable obediencia! Ella vence á la maternal ternura, y sólo la permite consolar y acariciar al Hijo querido que derrama su inocente y preciosa sangre. ¿Por qué no imitamos nosotros la obediencia de la Virgen y de san José? Y ¿cómo no imitamos con mayor cuidado, si cabe, la sublime obediencia, la profunda humildad, la invicta paciencia y la generosísima caridad del divino Niño? Sin estar obligado se somete á la dura y penosa ley de la circuncisión; siendo santísimo, preséntase como pecador, sufre con inalterable mansedumbre, y no sólo derrama gustoso esa poca sangre, sino que está dispuesto á derramarla toda por nuestro bien, y para movernos á que, á imitación suya, nosotros también nos circuncidemos. ¿Oímos esta lección del divino Niño? ¿Estamos dispuestos á circuncidar y enfrenar nuestros apetitos y á declarar guerra mortal á nuestras pasiones. ¡Ah! Nuestros sentidos están muy libres, nuestro genio muy vivo, nuestra voluntad muy rebelde y nuestra imaginación muy suelta. ¿Cuándo y cómo circuncidaremos todo esto? Meditémoslo atentamente, porque mucho nos importa; formemos resoluciones prácticas y pidamos constancia y firmeza en cumplirlas y socorro en todas nuestras necesidades.

42.—NOMBRE DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Representémonos á José y María diciendo en el acto de la Circuncisión del Señor: «Jesús será su nombre».

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de conocer las grandezas que encierra el nombre de Jesús, é invocarle á menudo.

Punto 1.º *Significación y excelencias del nombre de Jesús.*—Considera cómo el que impuso el nombre al Niño circuncidado no fué José, ni María, ni el ángel, sino el Padre Eterno; porque tan grande es la excelencia de este Niño, que ninguna criatura de la tierra ni del cielo podía por sí misma ponerle nombre que le cuadrara, sino sólo su Eterno Padre, que conocía y sabía el fin para que encarnaba, y el oficio que había de hacer en cuanto hombre. Y á esta causa, entre los muchos nombres que podía ponerle, quiso que se llamase Jesús, que quiere decir Salvador; porque su venida al mundo fué principalmente para salvarnos, y este fué su oficio. Y aunque otros tuvieron este nom-

bre, no fué más que por figura y sombra de este soberano Niño; el cual á boca llena y por excelencia merece ser llamado Jesús, porque nos salva y libra con tres soberanas excelencias. La primera, que nos libra de toda suerte de males, ignorancias y errores, de culpas y de penas, así temporales como eternas. La segunda, que no sólo nos libra de los males, sino que nos concede excelentísimos bienes, para que nuestra salud y redención sea muy copiosa y perfecta. La tercera, es en el modo de salvarnos, por razón del cual este nombre de Jesús no puede convenir al que fuere solo Dios, ni á puro hombre ó ángel de cuantos hay criados, sino sólo á Cristo, cuyo es propio, por razón de ser Dios y hombre verdadero; porque sólo hombre, no puede salvarnos; sólo Dios, puede salvarnos, pero con sola misericordia; mas un Dios-hombre nos salva también con rigor de justicia, ganando por punta de lanza y por sus merecimientos la salvación que su nombre significa. Y así, preguntándole á este Señor quién era, respondió¹: «Yo, que hago justicia y soy fuerte guerrero para salvar». ¿Comprendes tú las soberanas excelencias con que nos salva Jesús? ¿Conoces cuán bien le conviene este dulce nombre? ¡Oh dulcísimo Jesús! Sea para bien el nombre tan glorioso que hoy os ponen. Gózome que no sea nombre vacío, ni de sombra, como otros le han tenido, sino lleno de verdad y de toda perfección. Alégrate, ¡oh alma mía!, con las excelencias de este Salvador tan poderoso; porque Él es tu fortaleza, Él te dará pies como de ciervo para huir de los pecados, y como vencedor te llevará con sus santos al descanso y felicidad eterna.

Punto 2.º *Causas por qué se impuso al Niño este nombre en la Circuncisión.*—En este punto puedes considerar las causas por qué se puso este nombre al Señor en la Circuncisión²; las cuales encierran notables enseñanzas. La primera fué para honra del Niño; porque, viéndole su Padre tan humillado, y que tenía imagen de pecador, quiere que entonces sea ensalzado, dándole un nombre sobre todo nombre, que es el nombre de Jesús, con el cual se declara que, no sólo no tiene pecado sino que es Salvador de pecadores³, y perdonador de pecados. Esto te ha de mover á dar gracias al Padre Eterno porque así honra á su Hijo, cuando por Él se humilla; con lo cual te da prendas de que si tú te humillares, también te ensalzará y te dará un nombre nuevo, tan glorioso, que nadie lo sabe estimar como conviene hasta que lo recibe⁴. La segunda causa fué, para que se viera que el nombre y oficio de Salvador le había de costar derramamiento de sangre. Y así, nuestro dulce Jesús, en tomando el oficio del Redentor, da por señal del precio que ha de pagar en el rescate una poca de sangre que derrama en su Circuncisión, con determinación de pagar todo el precio enteramente en la Pasión, derramándola toda por

¹ Isai., LXIII, 1. — ² Luc., II, 21. — ³ Matth., I, 21. — ⁴ Apoc., II, 17.

los pecadores. Verdad es que esta poquita era ya bastante precio por todos los pecados del mundo, por ser sangre de Dios; pero su generosa caridad quiso que el precio fuese toda ella. Para lo cual dió permiso á todos los instrumentos que hay en la tierra para derramar sangre, que sacasen la suya con gravísimo dolor y desprecio; es á saber: el cuchillo, los azotes, espinas, clavos y lanza. El cuchillo abrió hoy la primera fuente de sangre, que después se cerró; los demás instrumentos abrieron después otras, las cuales no se cerraron hasta que salió toda. ¡Oh Salvador dulcísimo! Esas vuestras fuentes, aunque son de sangre derramada con gran dolor, son también fuentes de agua viva¹ de inmensas gracias, que han de ser cogidas con grande gozo y amor; alábeos mi alma por la infinita caridad con que abris esas fuentes y me mandáis que acuda con alegría á gozar del precio que derramáis con tanta pena. ¡Oh alma mía! ¿Qué será razón hagás tú por tu propia salvación, si tanto hace tu Salvador por ella? ¿Rehusarás humillarte por Dios, viendo la presteza con que este Señor acude á ensalzar á los que por su amor se humillan?

Punto 3.º *Grandezas del nombre de Jesús.*—Considera en este punto con toda atención las grandezas que están encerradas en el nombre de Jesús. Este nombre es primeramente una suma y memorial de todas las grandezas que hay en Cristo, en cuanto Dios, en cuanto hombre y en cuanto Dios-hombre. De suerte que puedes inferir: si es Jesús, luego es infinitamente bueno, santo, sabio, poderoso y la misma bondad, sabiduría y santidad infinita. Si es Jesús, luego es sumamente humilde, manso, paciente, fuerte, modesto, obediente y caritativo, porque de todas estas virtudes ha de ser dechado. Á más, si es Jesús, luego es maestro, médico, padre, juez, pastor, protector y abogado nuestro. De modo que en Jesús tienes todas las cosas, y así, con afecto de amor intenso y gratitud perfecta, puedes decir: ¡Oh Jesús mío y todas mis cosas! Además, este precioso nombre encierra todos los nombres gloriosos que los profetas² dieron al Mesías que esperaban; porque Él es el Dios que nos remedia, el Fuerte que vence á nuestro enemigo, el Admirable en todas sus obras, trabajos y portentos, el Ángel del gran consejo, el Padre del siglo venidero y el Príncipe de la paz, pacificándonos con Dios y con los hombres, con abundancia de toda paz. Pondera, finalmente, los bienes que tienes en este santísimo Nombre; Él es el único medio para alcanzar perdón de tus pecados; es título para ser oído en tus oraciones; es medicina de todas tus enfermedades; es arma contra todas las tentaciones; es amparo en los peligros, luz y guía en las ignorancias, dechado y ejemplo de todas las virtudes, y fuego y estímulo que mueve á ejercitarlas. ¡Oh si tuvieses este santísimo Nombre fijo siempre

¹ Isai., xii, 3. — ² Isai., ix, 6.

en tu memoria, grabado en tu corazón, impreso en tu entendimiento, y nunca cesases de invocarle, alabarle y publicar sus grandezas! ¡Oh dulcísimo Jesús! Sed Jesús para mí en todas mis potencias, ejercitando en ellas vuestro oficio, para que ellas también se ejerciten en procurar vuestra honra. ¡Oh Jesús mío y todas mis cosas! Concededme que os ame sobre todas ellas, y que sólo en Vos busque mi descanso y hartura perfecta, pues sólo en Vos se halla por junto todo lo que me puede hartar eternamente.

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán excelente, significativo y provechoso es el nombre de Jesús! José y María lo pronunciaron por primera vez con extraño júbilo; pero el Padre Eterno lo reveló, y era el único que podía haberlo hallado tan adecuado. Sí, Jesús es nuestro Salvador, porque nos libra del pecado, nos llena de bienes y nos rescata de la esclavitud del enemigo con todo rigor de justicia, pagando con su sangre el precio de nuestro rescate. ¿Cuándo agradeceremos debidamente estas excelencias soberanas con que quiere ser nuestro Salvador? Y ¡cuánto trabajo y dolor le costará el llenar complidamente este oficio! Será nuestro Salvador, pero derramando su sangre, por cuyo motivo, al tomar posesión de este nombre, principia ya á derramarla, aunque en pequeña cantidad. ¿Vacilaremos nosotros en dar la salud, vida, descanso y todos los bienes por Jesús, viendo lo que Él hace por nosotros? Y al contemplar las grandezas inmensas que encierra este glorioso nombre, ¿no le invocaremos con más frecuencia, con mayor devoción y con más firme confianza? El nombre de Jesús incluye y envuelve todas las perfecciones que Cristo tiene como Dios, como hombre y como Dios y hombre juntamente; en Él se contienen todos los títulos honrosos con que los antiguos profetas le distinguieron; en Él, en fin, hallamos la fuente de todos los bienes que podemos desear, los espirituales y los corporales, los temporales y los eternos. Y ¿no seremos todavía más devotos del nombre de Jesús? ¿Con qué amor le invocamos? ¿Con qué asiduidad lo repetimos? Pensémoslo; confundámonos de nuestra tibieza, propongamos verdadera y eficaz reforma, y supliquemos para esto las gracias necesarias.

43.—ADORACIÓN DE LOS REYES.

PRELUDIO 1.º Llegados los Reyes al portal de Belén, postráronse ante el Niño, y le adoraron, ofreciéndole sus dones, y luego, despidiéndose de María y José, regresaron á su país por otro camino.

PRELUDIO 2.º Representémonos á los tres Reyes en estas distintas acciones, adorando al Niño, hablando con María, y volviéndose alegres.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de imitar en lo posible á estos santos Reyes.

Punto 1.º *Llegada de los Reyes Magos al portal de Belén.*—Habiendo seguido fielmente los Reyes Magos la estrella prodigiosa que les venía guiando desde sus tierras, llegados á

Belén, paróse aquella brillante luz sobre el lugar donde había nacido el Rey que buscaban; y entrando, hallaron al Niño con su Madre¹. Acerca de este suceso has de considerar cuán bien premió el Señor la fidelidad de estos Magos en seguir la estrella, haciendo que hallasen lo que con tantas ansias, cansancio y peligros venían buscando; y el mismo favor recibirás tú si procuras seguir fielmente la estrella de la divina inspiración. Luego puedes ponderar la novedad y admiración grande que causó en los Magos ver parar aquella estrella sobre un lugar tan pobre y vil como aquel establo, porque, como hombres y tan principales, pensarían que aquel Rey había nacido en algún palacio, ó en la mejor casa de la ciudad, donde suelen aposentarse los demás reyes; pero, ilustrados con la luz interior, reconocieron que la grandeza de aquel Rey no se mostraba en las cosas pomposas del mundo, sino en el verdadero desprecio de ellas, y así rindieron su juicio al testimonio de la estrella exterior. Pondera también cómo en el mismo punto que los Magos vieron al Niño, salió de su divino rostro un rayo de luz celestial que penetró sus corazones, y les descubrió cómo era Dios y hombre, Rey y Mesías prometido á los judíos y Salvador del mundo, y les causó un gozo interior excesivo que les llenó toda el alma; porque si la vista de la estrella material tan gran gozo les produjo, ¿qué gozo causaría la vista de Jesús², Estrella de la mañana y Señor de las estrellas? ¡Oh qué contentos y hartos quedarían con la vista de esta divina Estrella! ¡Oh Gloria del Padre, Estrella resplandeciente de la mañana! Ilustradme con vuestra luz, hartadme con vuestra vista, alegradme con vuestro resplandor, y llenadme de bienes con vuestra celestial influencia. Dichosos los que os hallan, aunque sea en el pesebre, porque la bajeza del lugar no obscurece la grandeza de vuestra gloria, antes templa la inmensidad de vuestro resplandor para que os contemplen con más gusto. ¿Deseamos nosotros hallar á Cristo? ¿Seguimos, como los Magos, la estrella de la divina inspiración?

Punto 2.º *Adoración de los Magos y presentación de sus reales ofrendas.*—Considera las tres cosas que hicieron los Magos en obsequio de Jesús, luego que penetraron en el portal, las cuales estaban ya profetizadas por David. La primera fué postrarse en tierra, en señal de la suma reverencia interior y exterior que le tenían; porque como el cuerpo se humilló lo más que pudo, así el ánimo se humilló delante de este Rey, reconociéndose en su presencia como polvo y nada; y cumpliéndose aquí lo que había dicho David³; que delante de Él se postrarían los de Etiopía, y los que antes eran sus enemigos besarían la tierra en señal de sumisión. La segunda cosa que hicieron fué adorarle, no sólo como se adoran los reyes de la tierra, sino con la supre-

¹ Matth., II, 11. — ² Apoc., XXII, 16. — ³ Psalm. LXXI, 9.

ma adoración que se da á solo Dios, y se llama latría, reconociendo con viva fe que aquel Niño era su verdadero Dios y Creador, que había nacido para remedio de todo el mundo; y con esta fe hablarían con Él y desahogarían su corazón con dulces afectos, estando persuadidos que el Niño les entendía. La tercera fué abrir los cofres de sus tesoros, que habían traído cerrados por todo el camino, y ofrecer dones al Niño en señal de vasallaje, y en protestación de que le servirían con sus personas, y con todas sus cosas; y con los mismos dones protestaron la fe que tenían, porque le ofrecieron oro como á Dios y sumo sacerdote, y mirra como á hombre mortal. Así se cumplió lo que estaba escrito¹: que los reyes de Arabia y Sabá ofrecerían dones y presentes de incienso, mirra y oro, con alabanzas del Señor. Á imitación de estos Magos, has de postrarte ante el Señor, y adorándole profundamente, ofrecerle el incienso de la oración, la mirra de la mortificación y el oro de la caridad; y si eres religioso, puedes ofrecerle el oro de la pobreza, la mirra de la castidad y el incienso de la obediencia. ¿Son estos tus sentimientos? ¿Imitas la devoción, humildad y generosidad de los Magos? ¡Oh Rey del cielo!. Aceptad piadoso los votos que os he ofrecido, cuyo ofrecimiento renuevo en este instante; quitad de mí el espíritu propio que me engaña, dándome vuestro espíritu que me vivifica.

Punto 3.º *Despedida de los Magos y regreso á su tierra.*—Considera aquí el coloquio tan dulce que tuvieron los Reyes con la Virgen, dándole cuenta de la estrella que habían visto en Oriente, y de todo lo que les había pasado en el viaje; luego se ofrecerían á su servicio, admirados de la santidad que en aquella Señora resplandecía, y de ver la pobreza del lugar en que estaba. Y aunque san José no estuvo presente á la primera entrada, para que ellos entendiesen que el Niño no tenía padre en la tierra; pero poco después vendría y tratarían con él de las mismas cosas. ¡Oh qué contenta estaría la Virgen oyéndolas! ¡Cómo las conservaría con cuidado, y las conferiría en su corazón! ¡Cómo agradecería á los Magos el trabajo que habían tomado en venir á adorar á su Hijo, y qué cosas tan divinas les diría para confirmarlos en la fe! Pondera, finalmente, cómo hallándose los Magos perplejos acerca de lo que habían de hacer, y qué camino habían de emprender para volver á su país, en sueños tuvieron respuesta del Señor, que no volviesen á Herodes, y así se volvieron á su tierra por otro camino. En lo que se ve la providencia y cuidado tan paternal que tiene Dios de los que le sirven, avisando á estos Magos de lo que les convenía, no sólo para librar al Niño de la persecución de Herodes, sino para librarlos á ellos de las vejaciones que aquel tirano cruel les hiciera, si volvieron á él. Dóci-

¹ Psalm. LXXI, 10.

les ellos al mandato de Dios, luego le cumplieron, estimando en más la palabra que les decía Dios, que guardar la que ellos habían dado al hombre, porque no hay mayor cordura que oír la voz de Dios y estar por su gobierno; pues todo va ordenado para nuestra justicia y abundante paz. ¡Oh dichosos Reyes! Volveos contentos y gozosos por vuestro camino; dad por bien empleados todos los trabajos que habéis padecido, y contad á vuestras gentes las maravillas del Señor que habéis contemplado. Mas ahora que estáis en vuestra gloria, acordaos que nosotros, miserables, nos hallamos en medio de innumerables peligros; concedednos que, siguiendo como vosotros la estrella de la divina inspiración, logremos llegar á la eterna contemplación del Señor.

Epílogo y coloquios. ¡Oh Reyes mil veces afortunados! Apenas conocen la señal del gran Rey, síguenla con fidelidad y constancia. Fija su vista en la misteriosa estrella, no declinan ni á la diestra, ni á la siniestra; y aunque han de pasar por amargas pruebas, al fin dan con el tesoro que con tanto afán han buscado. Párase la estrella sobre una humilde cueva ó portal; quedan los Magos sorprendidos de admiración al ver tanta pobreza; mas, alumbrados de celestial luz, en el Niño fajado, tendido sobre el pesebre, contemplan al mismo Dios del cielo; póstranse ante Él, adóranle como á su Dios y Señor, y ofrécenle los dones que traen á este fin dispuestos. Con el oro le reconocen como Rey; con el incienso como Dios, y con la mirra como hombre; mas interiormente le ofrecen oro purísimo de caridad, incienso oloroso de oración, y mirra muy amarga de mortificación. ¡Cuánto agrada- rían á Jesús estos dones! ¡Y qué gracias concedería en retorno á los donantes! ¡Qué coloquios tan dulces y santos tendrían los Magos con la Virgen y san José! Así nos muestran estos piadosos varones la conducta que hemos de tener en las diversas circunstancias de nuestra vida. ¿Tratamos seriamente de imitarlos? ¿Seguimos como ellos la divina inspiración? ¿Somos dóciles á los avisos de Dios y de sus representantes? ¿Nos arguye de alguna falta nuestra conciencia? ¿Será posible que estos varones gentiles sean una reprensión viva de nuestra dureza y rebeldía? Examinémonos con imparcialidad, resolvamos, y oremos con fervor.

44.—VIRTUDES, PRUEBAS Y PREMIOS DE SAN JOSÉ¹.

PRELUDIO 1.º San José fué digno esposo de María por la excelencia de sus virtudes, y grandemente consolado por su fidelidad en las pruebas.

PRELUDIO 2.º Repreéntate al Eterno Padre, que te designa á san José diciéndote: «He aquí el varón justo á quien constituí señor de mi casa y príncipe de mi heredad».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de conocer las excelencias de san José y de imitar sus virtudes.

Punto 1.º Santidad y virtudes de san José.—Considera aquí la grande santidad de san José y las excelentes virtudes y gracias que le concedió el Señor para ser digno esposo de María y ayo suyo; porque así como llenó de gracia al Bautista que había de ser su precursor y á los Apóstoles que habían de ser sus pregoneros, así llenaría á san José de dones y gracias excelentísimas, con las cuales pudiese llenar los ministerios que le encomendaba. Pondera luego cuán bien supo negociar san José estas gracias, creciendo continuamente en ellas, cumpliendo con perfección el significado de su nombre, que quiere decir aumento ó crecimiento². Porque él acrecentó su santidad sobre todos los santos que le habían precedido: tuvo mayor fe y obediencia que Abraham; más tolerancia en los trabajos que Jacob; más castidad que su hijo José; trato más familiar con Dios que Moisés; más caridad con su pueblo que Samuel, y más humildad y mansedumbre que David. Y en todas estas y otras virtudes iba trazando cada día mayores crecimientos, auxiliado muy eficazmente por el Señor, que le había escogido para más elevada dignidad que á los antiguos patriarcas. En especial crecía este dichoso santo subiendo por la escalera espiritual de la lección, meditación, oración y contemplación, imitando á su santísima Esposa, y provocándose estos dos serafines á volar con sus alas, y á glorificar al Santo de los santos en su oración³. Y para hacer esto con más libertad de espíritu, escogió por inspiración divina guardar perpetua castidad, la cual, como dice san Pablo⁴, quita los estorbos de la oración; y en esta virtud se esmeró tanto, que por especial favor ningún mal movimiento sentía, aunque conversaba con una virgen muy bella, pero tan casta, que sólo mirarla ponía deseos de castidad. ¡Oh glorioso Patriarca! De vuestra angelical y purísima hermosura se admiran las jerarquías del cielo; por ella os pido supliquéis al Deseado de los collados eternos⁵, que derramó sobre vuestra cabeza su copiosa bendición, la derrame también sobre la mía, para que, á imitación vuestra, crezca en buenas obras y aumente las virtudes, perseverando con firmeza hasta alcanzar la corona. ¿Imitamos nos-

¹ Esta meditación podrá hacerse con provecho en las festividades del glorioso patriarca san José. — ² Genes., XLIX, 22. — ³ Isai., VI, 2. — ⁴ I Cor., VII, 35. — ⁵ Genes., XLIX, 26.